

El general Alexander Haig lleva algún tiempo presentándose, discretamente, como aspirante a la candidatura presidencial de los Estados Unidos por el Partido Republicano. Su ataque al acuerdo Salt II, que deberán firmar Brejnev y Carter en Viena el 15 de junio si antes lo ratifica el Senado de los Estados Unidos, forma parte de esa campaña preelectoral y personaliza la parte de opinión que mira con desconfianza los acuerdos con la URSS. La imagen interna del Presidente Carter es la de un "hacedor de paz", la de un hombre adherido a principios eternos de bondad, conciliación y entendimiento: se apoya en los pilares de los "derechos humanos", en el intento de cambiar algunas dictaduras de Latinoamérica por democracias amigas, en la recuperación de China para el mundo occidental, en la atracción de Egipto a ese mismo mundo, en la reducción de armamentos nucleares convenida con la URSS. Es una imagen atractiva. Pero para una parte de la opinión pública, arriesgada. Es la parte que cree que el comunismo es "intrínsecamente malo", que el eurocomunismo es una trampa, que China es un enemigo en cualquier circunstancia, que las Salt favorecen a la URSS y dejan inerte a Estados Unidos. Esta es la opinión que representa —o trata de asumir— el general Alexander Haig, comandante supremo de la OTAN. La disensión entre el Presidente de los Estados Unidos y el general que representa a su país en la OTAN —y dirige su esfuerzo militar— es, naturalmente, grave. Sobre todo, porque el general no presenta, en este caso, sus objeciones como político —aunque lo sea—, sino como técnico, como experto en asuntos de defensa. Y su conclusión es la de que el tratado deja a Europa en situación de inferioridad.

Coincide en ello con la opinión general de los nuevos conservadores europeos en el poder. Margaret Thatcher hizo hincapié en su campaña electoral en la necesidad de poner un nuevo dique militar y político a la URSS; fue elegida y su primera acción política internacional ha sido la entrevista con Helmut Schmidt; Alemania Federal tiene los mismos temores. Francia tiene una actitud más matizada: aún continúa, en ciertos aspectos, la política iniciada por el general De Gaulle, de una cierta independencia respecto a la OTAN, y la reciente entrevista de Giscard y Brejnev, durante el viaje del Presidente de la República francesa a Moscú, tiende a demostrar que no deja a Estados Unidos el monopolio de la "détente". Por estas razones, orgánicas y psicológicas, Francia no ha estado presente en la reunión de Bruselas entre ministros de Defensa de la OTAN, que precederá al Consejo General

que se celebrará a fin de mes en La Haya. La idea general es la de que el acuerdo entre la URSS y los Estados Unidos desampara a sus aliados en Europa, y que esta posición se va a acentuar cuando se inicie la tercera fase de las negociaciones Salt, en la que participarán el Pacto de Varsovia y la OTAN. La idea que ha de presidir esa tercera fase es la de que se incluyan en las limitaciones de arsenal y fabricación no sólo las armas estratégicas —comprendidas hasta ahora—, sino tam-

Haig, el conservadurismo de Occidente y las Salt

JUAN ALDEBARAN

bién las tácticas y los vectores de medio y corto alcance; más allá, se trata de limitar el número de soldados en las dos zonas de Europa. Se habla de la cifra de setecientos mil por cada parte. La versión de la OTAN es que para Europa occidental son insuficientes, en razón de que la URSS puede tener un número infinito de soldados en otras zonas de su inmenso territorio y trasladarlos velozmente a Europa en caso de necesidad, mientras que la OTAN tendría que contar con una acción similar por parte de los Estados Unidos.

Es decir: la idea que cunde por Europa es la de que Estados Unidos y la URSS pueden llegar a un acuerdo mutuo que impida la guerra entre ellos, pero que no la impida en territorio de sus aliados. Por lo tanto, la presión de los nuevos conservadores europeos va en contra de los acuerdos Salt II. Como la de China. Para China parece absolutamente preciso no sólo que la URSS encuentre una muralla defensiva en Europa, sino que se sienta amenazada desde Europa, que no reduzca en esa zona ni hombres ni armamento; porque, si lo hace, podrá llevar todo ese material a las fronteras chinas. El 5 de mayo, el Ministerio de Asuntos Exteriores chino entregó en Pekín una nota al embajador soviético, Shcherbakov, en la que se decía que China está dispuesta a celebrar una conferencia bilateral para discutir todos los problemas de fondo que existen entre los dos países, y el ministro de Exteriores ha dicho que "las diferencias de principio entre China y la URSS no deben suponer ningún obstáculo para el mantenimiento y el desarrollo de las relaciones normales de Estado" entre los dos países. Los medios conservadores de Estados Unidos, los círculos de la OTAN, entienden que se trata de una reacción china a

la firma de las Salt II: se encuentran desamparados por los Estados Unidos y quieren llegar a su propia paz.

Desde un punto de vista objetivo, todo esto son buenas noticias. La reducción de armamento y de hombres bajo las armas, la mejora de relaciones entre Estados Unidos y la URSS, después de la reconciliación y amistad de China y Estados Unidos, la posibilidad de una reducción de los motivos de agresión entre China y la URSS son factores de "détente" que aproximan la paz del mundo. Pero es lógico que en los medios conservadores de Estados Unidos se vea todo de otra manera: para estos medios es básico que China mantenga su enemistad con la URSS, que Europa esté erizada de armas y soldados; son las fronteras exteriores de Estados Unidos, la defensa de su territorio por parte de otros, la posibilidad de una guerra que siendo dura para la URSS deje intacto o aislado el territorio de los Estados Unidos, como sucedió con las dos guerras mundiales anteriores, y, en general, con todas las guerras en las que se ha visto envuelto directa o indirectamente ese país. El punto de vista de los conservadores europeos es, por una parte, de política exterior; pero está fuertemente teñido de política interior. En lo externo, requieren que Estados Unidos esté enteramente comprometido en la defensa militar de Europa y que haya un riesgo real sobre su territorio, de modo que no pueda nunca zafarse de una guerra que afectase a sus aliados. Desde el punto de vista interior temen que una nueva amistad entre la URSS y Occidente desbloquee la izquierda y el comunismo, ahora contenidos y en retirada. La alianza de guerra con la URSS permitió un auge de las izquierdas europeas y una legitimación de los partidos comunistas; costó mucho trabajo dominarles, para lo que fue utilísima la "guerra fría", que afianzó a la derecha. La "coexistencia" de Kruschev y Kennedy volvió a levantar a la izquierda europea, que volvió a ser dominada o desplazada cuando Johnson y Nixon volvieron a las maneras rudas de la guerra fría; una nueva "détente" y la izquierda saldría de nuevo de la reducción a que se encuentra sometida.

Todos los esfuerzos se harán ahora en dos etapas: la primera, que se está produciendo, antes de la cita de Brejnev y Carter en Viena; la segunda, para influir sobre el Senado de los Estados Unidos para que no ratifique los acuerdos firmados (se calcula que la verdadera batalla sucederá en el último trimestre del año). Si Carter pierde esta ocasión, el conservadurismo occidental se habrá afianzado y encontrará el máximo apoyo en la candidatura de Haig. ■